

nes sino las mismas conductas, la autovigilancia, el cumplimiento estricto de los deberes, porque también era un modo de ser rojo” (p. 276).

Otras formas artísticas tienen cabida en el trabajo: además de los de Goya, los grabados que desde el lado rebelde se emplean “como instrumento de propaganda o crítica referida a una serie de hechos de índole religioso-político-militar” (p. 189) (José Julio García Arranz, “La imagen grabada de la revuelta de los Países Bajos [1566-1580]: una visión documental y alegórica” [pp. 189-212]). Se pasa aquí revista a la evolución de estas imágenes, “ilustraciones con un notable potencial informativo y documental ... si bien los detalles puedan exagerarse ... en función de la intención propagandística o carga crítica que estas estampas siempre van a llevar implícitas” (p. 196).

En los cómics de la serie de Astérix (Isidora Emborujado Salgado, “Una aproximación cómica a la guerra: Astérix y la guerra de Roma” [pp. 251-266]), se presenta el mundo al revés de una guerra donde, sin sangre y sin armas –basta la fuerza de los puños–, un grupo de galos se enfrenta a una incompetente legión romana. Es una “lectura irónica de la historia”, donde los asustados son los romanos, mientras que el objetivo de los galos “no es ... la venganza, actúan movidos por el afán de mantenerse independientes, de mantener su cultura, su identidad” (p. 266).

Aunque se trata de cine (Loreto Casado Candelas, “*Le silence de la mer*, una adaptación cinematográfica” [pp. 283-304]), el elemento literario está también muy analizado en este trabajo, suponemos que porque le interesa la transversalidad de la literatura en la enseñanza-aprendizaje (p. 287). La comparación entre la versión literaria de Vercors y la cinematográfica de Jean-Pierre Melville descubre, pese a los necesariamente diferentes lenguajes, la fidelidad de la imagen a la novela.

Aunque podamos echar de menos más formas artísticas y otros géneros literarios, el volumen ofrece una muestra “de las relaciones complejas y conflictivas entre la representación artística y la guerra” (“Prologo”, p. 17).

M^a. Jesús PÉREZ IBÁÑEZ
Universidad de Valladolid

Ignacio RODRÍGUEZ ALFAGEME, *Mnemosyne: disfraz y noticia. Trazas de tradición clásica en la literatura española desde los orígenes hasta el siglo XX*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2011, 459 pp. ISBN 978-84-7822-595-8.

El título aporta algunas pistas. La titánide Mnemósine es la personificación de la memoria, y refiere el mito que Zeus se unió a ella durante nueve noches consecutivas. Al cabo de un año le dio nueve hijas: las Musas. Quizá fueran ellas ocasionales fuentes de inspiración de los autores en los que Ignacio Rodríguez Alfageme busca y, casi siempre, encuentra noticias o referencias de autores griegos y latinos. Sin embargo,

sería injusto atribuir todo el mérito a la iluminación divina, lo que deja bien claro el profesor en la declaración de intenciones que ofrece en el “Prólogo”, donde asegura que su punto de partida está en la tesis de que la presencia del Mundo Clásico, en cualquier autor, comienza a arraigarse en su formación literaria.

Sostiene Rodríguez Alfageme que sí, que son las obras que el poeta tiene a su alcance durante toda su vida las que influyen su legado, pero si hay obras que realmente dejan huella son aquellas que cada uno conoce en su juventud. Por ese motivo, en este libro se hace especial hincapié en la educación y las inquietudes de cada uno de los escritores que se estudian.

También en el prólogo anticipa Rodríguez Alfageme que la tarea no ha sido fácil, pues la tradición clásica ya no tiene como objetivo encontrar la mención directa del mito. El propósito es más complicado: se trata de descifrar los significados simbólicos transmitidos por la mitología. Y es precisamente esa dificultad la que embelee la labor del filólogo, amante por naturaleza de los retos espinosos. A veces la alusión a la fuente es evidente y, cuando eso ocurre, puede que el esfuerzo termine sabiendo a poco. Sin embargo, en una gran mayoría de casos, las referencias son tan veladas que parecen haberse disfrazado, como hiciera Zeus en tantas ocasiones para unirse a las mortales a las que deseaba. Y es entonces, en el momento en que descubre y es capaz de transmitir esas noticias que estaban tan ocultas, cuando el filólogo sabe que puede sentirse orgulloso de su trabajo.

El libro promete un viaje por la literatura española cuyo itinerario se traza en torno a ocho estaciones convertidas en capítulos. El recorrido comienza en los orígenes, para destacar la aparente carencia de fuentes clásicas que presenta el *Cantar de Mío Cid*. La siguiente parada se realiza en la prosa de los siglos XV y XVI, concretamente en el legado de Alfonso Martínez de Toledo y de los hermanos Valdés. Después se nos deleita con la obra de Góngora y, en esta ocasión, el título habla por sí solo: “Góngora: presencia y ocultación de los clásicos”.

La ilustración tiene como protagonista en este trabajo a José Cadalso, que tradujo a Virgilio, Ovidio, Horacio, Catulo, Tibulo y Propertio y que, aunque también parece haber tomado como modelos a Anacreonte, Safo o Píndaro, no oculta su devoción por los poetas latinos. Se nos transporta después a Nicaragua de la mano de Rubén Darío, original y único en su forma de proceder, lo que le hace aún más atractivo. Y regresamos a España para profundizar en las creaciones de Antonio Machado, “Don Antonio” (así se refiere a él el autor), y de Federico García Lorca.

La parte dedicada al granadino es diferente. Mientras que los capítulos anteriores se iniciaban con un periplo por la formación de los distintos autores, en el caso de Lorca nos adentramos directamente en las composiciones por medio de dos secciones: una destinada al estudio del mito de Baco y Ciso en el universo lorquiano y otra, más general, titulada “Los mitos como alusión”.

El trayecto finaliza con un repaso a la figura de la fiel Penélope en la poesía española y una reflexión sobre la evolución de las referencias clásicas desde la ilustra-

ción hasta el siglo XX. El colofón lo ponen la bibliografía y dos útiles índices, uno onomástico general y otro de autores antiguos.

El libro rebosa erudición, como reflejan las 703 notas a pie de página con las que Rodríguez Alfageme intenta facilitarnos su comprensión. La intención es buena, pero el efecto que se obtiene es el contrario, ya que tanta llamada de atención entorpece bastante la lectura. Demasiada interrupción si tenemos en cuenta, sobre todo, el completísimo catálogo bibliográfico (26 páginas) que se nos ofrece al final del trabajo.

También hay algunos errores ortotipográficos y se echa en falta una unificación de criterios en las traducciones de los pasajes griegos y latinos. Chirría el hecho de que algunas veces encontremos el texto original seguido de su traducción sin que suceda lo mismo en otros momentos. Estas presencias y ausencias se encuentran, incluso, en páginas casi contiguas. Puede comprobarse, por mencionar algún caso, consultando las páginas 40, 42 y 43, donde se traduce a Safo, pero no a Aristóteles o a Galeno.

Estos detalles, no obstante, no desmerecen la importante labor llevada a cabo por su autor que, además, abre las puertas a futuras investigaciones (lo hace, por ejemplo, al finalizar el capítulo dedicado a Góngora, donde asegura que pese a la inmensa bibliografía existente y a los numerosos investigadores que se han dedicado a estudiarla, aún resta un importante campo de investigación en la poesía gongorina).

Este volumen muestra, en definitiva, una excelente panorámica de la presencia e importancia de las fuentes griegas y latinas en la poesía española, y se trata de un paradigma modélico de documentación, un auténtico manual que, a buen seguro, será imprescindible consultar cuando se aborden futuros trabajos de tradición clásica.

Raquel FORNIELES SÁNCHEZ
Universidad Autónoma de Madrid